

Grupo 6: Relaciones laborales, negociación colectiva y acción sindical
Coordinación: Héctor Palomino - hpalomino@trabajo.gov.ar

El Cuerpo de Delegados del Subte confronta con la UTA, Metrovías y el Estado.

Mauricio Torme.

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe. Becario Doctoral de CONICET.
mauris_t@yahoo.com.ar

“Puede gobernar efectivamente al estado sólo quien controla efectivamente la fábrica y la empresa y encuentra en este control las condiciones de su propia independencia económica y de su propia libertad espiritual. La participación efectiva de los sindicatos en el gobierno del estado debería significar la participación efectiva de la clase obrera en el gobierno de la fábrica, lo que normalmente está en absoluta contradicción con las necesidades capitalistas de la disciplina industrial. Estas necesidades determinan la implacable aversión del capitalismo por el movimiento sindical y su incesante lucha por disgregarlo y pulverizarlo.

La invitación dirigida a los sindicatos para que participen directamente del gobierno puede tener entonces un sólo significado: la absorción de los actuales dirigentes sindicales en el sector gubernativo para que cumplan en la sociedad un trabajo similar al cumplido por el capataz en la jerarquía de la fábrica, para que aseguren al capitalismo el consentimiento de la clase obrera a una intensificación de la explotación”. Antonio Gramsci, 1922.

Entrando al Túnel:

Como primer objetivo nos proponemos analizar y describir la experiencia político-sindical del Consejo de Delegados (en adelante CD) y los trabajadores más politizados en el subterráneo de la Ciudad de Buenos Aires. Asimismo, intentaremos plantear alguna hipótesis explicativa del por qué del desarrollo y consolidación de esta particular forma de organización de los trabajadores.

El interés puesto en este caso viene de larga data. Por el año 2005 en el seminario de investigación de la carrera de Sociología (UBA) dictado por los profesores Hugo Calello y Susana Neuhaus, con un grupo de compañeros¹ decidimos interrogarnos acerca de los movimientos de resistencia que habían surgido al calor del proceso abierto a partir de fines del 2001. Con el paso de la lectura y la búsqueda de información descubrimos que había fenómenos políticos y sociales que no eran un resultado de dicha crisis (aunque adquirían con ella una mayor potencia), sino que tenían un recorrido mucho más complejo y dinámico, partiendo de la lucha durante los años '70 en el marco de la ofensiva neoliberal del capital sobre el trabajo.

¹ Ignacio Pur, Lucas Correa, Santiago Gonzalez, Natalia Silva.

Según los politólogos Atilio Borón y Mabel Thwaites Rey (2004) debemos recordar que para implementar el llamado “Consenso de Washintgon” y sus correspondientes políticas neoliberales, hacía falta contar con poder suficiente que pudiera basarse en la capacidad de construir consenso legitimador o en la derrota de quienes pudieran oponerse. En nuestro país se produjo una violenta desarticulación de las clases subalternas, apoyada en el terror físico a través de la dictadura militar. Las fuertes modificaciones allí operadas están en la base de las políticas adoptadas en los años '90. A partir de allí, el proceso hiperinflacionario de los '80 y la desocupación masiva como resultado de las medidas neoliberales se constituyeron como nuevos componentes del terror económico, que inoculó en una sociedad lacerada por el horror de la represión. Sobre estos efectos se fue conformando una base de legitimación para un proyecto neoliberal que logró, por unos años resolver la disputa entre los sectores dominantes y generar una ilusión en los sectores subalternos de que se avanzaría al capitalismo de primer mundo.

En este contexto, mientras se producía un retroceso de la resistencia de los trabajadores desde las organizaciones sindicales, se pudo observar la consolidación de una experiencia de lucha dentro del servicio de transporte del subterráneo. Este caso mostró que mientras en la Argentina se fortalecía la metamorfosis de los clásicos *sindicatos corporativos* en *sindicatos empresarios* los cuales se acomodaban económicamente a la nueva realidad del Estado y se mostraban más preocupados por la administración de los ingresos a través de las obras sociales y la “cuota sindical” que por la defensa de los intereses de los trabajadores (De la Garza Toledo, 2001), existían a la par experiencias sindicales que mostraban tener un interés distinto en su relación con el Estado, con la patronal, con el sindicato y con los propios trabajadores. Frente a esto, nos surgió una pregunta sencilla, pero no por eso menos sugerente: ¿por qué el CD se pudo desarrollar y consolidar como uno de los sectores subalternos más avanzados en Argentina, en términos de recuperación de derechos laborales y sociales?

Podríamos aquí adelantar que el importante desarrollo de una “*Conciencia Crítica*”, que se manifiesta en sus *prácticas “antipatronales y antiburocráticas”* es una expresión de la reedición, con matices, de la lucha de los dirigentes sindicales clasistas durante las primeras cuatro décadas del siglo XX y aquella que se desarrolló a fines de los 60 y principios de los 70. Y que junto a la construcción de una “*organización de base*”, en un contexto de ofensiva del capital sobre el trabajo permitió a un sector importante de trabajadores pasar *del momento económico-corporativo al político*, tal como lo plantea Gramsci. En palabras del dirigente del CD Roberto Pianelli, “*Hemos optado por un sindicalismo clasista, una defensa incondicional de los intereses*

colectivos e individuales de la clase obrera (la clase antagonica en sus intereses a la patronal), y una organización independiente de todos los partidos, el poder político y del Estado”ⁱ.

La particularidad que presenta el caso del CD nos lleva a plantear el segundo propósito de este trabajo. Nuestro interés no es solamente hacer un *racconto* histórico sobre el CD e intentar alguna hipótesis que lo explique, sino que a su vez nos interesa repasar la manera en la que otros científicos sociales han abordado esta experiencia. Haciendo un repaso minucioso de la bibliografía, vemos que no es casual la existencia de cierto vacío teórico en el estudio y análisis de los CD en relación con el sindicato, el capital y el Estado, haciendo la salvedad del capítulo elaborado por Celeste Rouspil publicado en el libro *experiencias subterráneas*ⁱⁱ, un documento realizado por Juan Montes Cato y Patricia Vetrici en el año 2007ⁱⁱⁱ, y también algunos documentos y libros producidos por el Taller de Estudios Laborales (TEL) donde especialistas en temas del trabajo junto con los trabajadores del subte han elaborado textos para entender y difundir el proceso político-sindical desarrollado en el subterráneo de Buenos Aires. Pero el problema que encontramos en algunas de estas obras es que realizan un abordaje desde un *modelo de conocimiento funcionalista* que los lleva a “*describir*” los fenómenos sociales y políticos, a “*observar*” la fachada social. No *historizan* el proceso social, se quedan con “*hechos claves*” que les permiten comprender un presente de manera superficial. No tratan de develar el oculto engranaje social que dinamiza la sociedad. Adorno (2001) con mayor profundidad epistémica da sustento a nuestro planteo: “En cuanto la situación que los métodos de investigación empírica descubren y expresan se hipostatiza como razón inmanente de la ciencia en vez de convertirla en objeto de pensamiento, se contribuye, quiérase o no, a su eternización. En este caso, la investigación social empírica toma incorrectamente el epifenómeno, lo que el mundo ha hecho de nosotros, por la cosa misma. Su aplicación presupone algo que no habría que deducir tanto de las exigencias del método cuanto del estado de la sociedad, es decir, históricamente. El método cósico postula la conciencia cosificada de sus sujetos de experimentación” (Adorno Theodor, 2001;25).

Para dar cuenta de la consolidación del CD mediante sus triunfos por medio de acciones de fuerza como huelgas, quites de colaboración, levante de molinetes, etc., contra la “Sociedad Política”^{iv} tenemos que realizar desde el presente una reconstrucción histórica de este proceso de lucha, que como dijimos, no surgió a partir de la “crisis orgánica” de 2001, ni tampoco desde la privatización a comienzos del año 94, sino que desde nuestra postura teórica, es producto de una

compleja relación iniciada al calor de la lucha de clases a principios de los años 70 y continuada en los '80.

Hacia fines del año 1974 algunos trabajadores del subte iniciaron el reclamo por mejoras en el salario y en las condiciones de trabajo; esta situación se extendió durante el 75. La falta de respuesta por parte del gobierno peronista intensificó el reclamo y se tomaron medidas como quite de colaboración, trabajo a reglamento, etc. Como respuesta a amenazas y aprietes de lo que se denomina en este ámbito “patota sindical” de la UTA, en el mes de abril se produce el *primer paro del subte y se conforma la coordinadora interlíneas 5 de Abril*; ante esto, el gobierno, despliega una fuerte ofensiva encarcelando a los dirigentes más importantes a fin de anular los reclamos. Pero se encontró con una contundente respuesta por parte de las bases que sostuvieron el paro, pidiendo la liberación de los detenidos, la finalización de las amenazas y aprietes por parte de la burocracia sindical, y mejoras salariales. Pasados algunos meses el conflicto se resolvió a favor de los trabajadores. Se sacó provecho del contexto político nacional ya que contemporáneamente se desarrollaba el proceso de las coordinadoras interfabriles y comisiones internas combativas; éste junto con otros factores desemboca en la caída del Ministro de Economía, Celestino Rodrigo. Es de destacar, que durante este período de enfrentamiento con el sindicato, se produce un acercamiento y vinculación sindicales entre los trabajadores del subte y los de colectivos. Esto les permitió el surgimiento de una experiencia en conjunto que tuvo su punto máximo con la presentación de una lista unificada en confrontación con la UTA.

Desde nuestro planteo crítico y subvertidor de las prácticas autoritarias y cómplices del capital esta experiencia político-sindical encuentran su continuidad a través de la influencia de corrientes políticas que intervenían a través de sus dirigentes sindicales, como era el caso del Partido Socialista de los Trabajadores; en la década del '80 esas experiencias se acumularon en el MAS (Movimiento al Socialismo), organización política de izquierda de tendencia troskista. En esos años permitió acumular cierta experiencia anterior de esos procesos políticos y sindicales en sus militantes y dirigentes que no habían sido “desaparecidos” por el “Estado Genocida”, y transmitir la experiencia de lucha de los años '70 a través de la formación política y teórica a los nuevos dirigentes que surgían con al advenimiento de la “democracia liberal”.

Pensamos que para entender una parte importante de la construcción de un CD “*antipatronal y antiburocrático*” con sus victorias, debemos referirnos a la importancia de la “*dimensión política*” que jugó como articulador, *acumulando y transmitiendo toda una rica experiencia*

política-sindical previa, entre los años '70 y los '90. En ese sentido debemos tener en cuenta que al momento de organizarse, en forma clandestina, entre los años '94 y principios del '97, este cuenta con dos importantes influyentes referentes en el CD, como *personificaciones sociales*: Roberto Pianelli y Carlos Perez, “*ambos contaban con una experiencia política y sindical previa a su intervención en el subte*”. En esta línea podemos decir que los nuevos sujetos protagonistas de dicha experiencia encarnan la “*historicidad*” del proceso antes mencionado.

Finalmente, nos proponemos aquí desarrollar una experiencia praxística como es la del CD y sus trabajadores cuya potencialidad contra-hegemónicos rememora e ilumina, al decir de Walter Benjamín, la historia de las luchas políticas y sociales por la emancipación de los oprimidos, velada por la historia oficial escrita por los opresores. El CD ilumina como relámpagos intermitentes, incipientes y emancipadores, el presente y futuro de la Argentina.

Haciendo Historia.

Carlos Marx realiza en 1852 un brillante análisis histórico en “El 18 Brumario de Louis Bonaparte”, planteando que:

“Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y transmiten el pasado”.

(Carlos Marx, 1852:9).

Siguiendo con la misma argumentación, decimos que “lo histórico” no es la masa de acontecimientos inertes acumulados cronológicamente. Es aquello que del pasado se integra activamente en el presente, lo afecta pero sin determinarlo. Su existencia, combinada con lo significativo de la cotidianeidad, es lo que permite detectar las posibilidades de cambio, de transformación. Este tipo de “historicidad” le da sentido a la totalidad, la delimita en función de la especificidad del momento coyuntural (Calello, Hugo, 2003:39).

Tanto el sindicalismo latinoamericano en general como el argentino en particular, se vieron transformados tras la aparición de los populismos durante los años cuarenta. En la Argentina, la forma y objetivo de lucha de los sindicatos anarquistas socialistas y comunistas, líderes de los procesos de organización obrera a principios del siglo XX, quedaron solapados bajo un nuevo tipo de sindicalismo, que adoptó un rol diferente frente al Estado (De la Garza Toledo, 2001).

Según Edgardo Blisky (1989), a principios del siglo XX los trabajadores del transporte cumplieron un importante trabajo en la estructuración del movimiento obrero, dado su tipo de desarrollo y su mayor grado de concentración. La conformación y desarrollo del capitalismo argentino caracterizado por la agroexportación hacía que el sector del transporte cumpliera un rol decisivo. Así fueron surgiendo importantes organizaciones sobre todo donde la patronal no se había concentrado: obreros portuarios, carreros, cocheros y luego chóferes. Por su parte los trabajadores ferroviarios y marítimos no tuvieron una organización tan eficiente dado que debieron enfrentar desde el comienzo a empresas mucho más concentradas y poderosas. Esto nos remite nuevamente a la estructuración económica del país ya que el ferrocarril y los puertos eran lugares estratégicos para el capital en tanto que servían para sacar las materias primas del país hacia los países centrales.

La relación con el Estado por parte de los obreros del transporte fue casi inmediata a su proceso de organización: debieron enfrentarse con él al salir éste en apoyo de las grandes empresas monopólicas del transporte de las cuales dependían las exportaciones. El primer estado de sitio, según Blisky, declarado por conflictos laborales y la primera ley “social” –la ley de residencia-, se decretó en 1902 a raíz de una huelga que se transformó en general, al extenderse a los transportes urbanos de carga, estibadores del mercado central de frutos y a los portuarios. Asimismo fue en el puerto donde surgieron las primeras organizaciones de “rompehuelgas” creadas por la patronal y algunos sectores de la Iglesia, apoyándose en las pugnas entre trabajadores nativos y extranjeros.

Para el caso del subterráneo, no podemos trasladar directamente estas experiencias, ya que se trata de un momento distinto del desarrollo del antagonismo social, así como existe hoy un patrón de acumulación del capital diferente, basado en el comando del capital-dinero (Bonnet, 2003). Pero nos interesa resaltar la centralidad del sistema de transporte en el modo de producción capitalista. En éste, la movilidad del capital no se refiere sólo a las facilidades que el capital requiere para moverse en su forma financiera (por ejemplo, de una bolsa de valores hacia otra), sino que también hace referencia a los factores de la producción. Esto es, la libertad de movimiento de la mercancía. La mercancía, si no es puesta a la venta (y comprada) en el mercado, no es realizada, es decir no adquiere valor de cambio. Para ello es que fue producida en primer lugar; en ese sentido, durante el modelo agroexportador lo más importante era la libre circulación del trigo, girasol y la carne vacuna. Como señalamos, así es la importancia que adquiriría a principios del siglo XX el transporte en ferrocarriles. Pero hoy tenemos que

comprender qué patrón de acumulación se ha desarrollado en la Argentina con la implementación de las políticas neoliberales, para así ver la centralidad que han adquirido otros y nuevos sistemas de transporte. Esto se relaciona con que en la actualidad hay que entender el desarrollo a nivel global del sector servicios y cómo repercute en el capitalismo argentino. Entonces, podemos dejar aquí como hipótesis que hoy la mercancía que debe realizarse no son sólo las *commodities agrarias*, sino también la mercancía *fuerza de trabajo* en su forma de trabajadores del sector servicios de la Ciudad de Buenos Aires. Allí, entonces, el transporte en subterráneos adquiere una nueva centralidad.

El Cuerpo de Delegados y su Lucha.

El CD expresa la memoria histórica de la lucha de los trabajadores; desde la Patagonia Rebelde hasta el Cordobazo, desde la Huelga del '36 hasta el Rosariazo; todas aquellas acciones que confrontan a las prácticas burocráticas, al capital y al Estado, defendiendo y reivindicando los intereses de “*la clase que vive del trabajo*” (Antunes, Ricardo, 2003). Debemos recordar el lockout patronal contra el gobierno socialista de Salvador Allende en Chile en 1972, donde la Confederación Nacional del Transporte, presidida por ese entonces por uno de los dirigentes de ultra derecha “Patria y Libertad”, León Vilarín, y que reunía a 165 sindicatos de camioneros, con 40 mil trabajadores y 56 mil vehículos, decretaron una huelga indefinida en todo el país. La misma duró más de 70 días y fue financiada por la CIA de los EEUU, logrando desestabilizar al gobierno y sus políticas socializantes^v.

El viernes 12 de diciembre de 2008 el CD y casi la totalidad de los trabajadores realizaron un paro porque el sindicato convocó a elecciones de delegados gremial violando toda una serie de normativas legales^{vi}. El propósito de la burocracia sindical era eliminar el CD “*antipatronal y antiburocrático*” que existe como mayoría desde el año 2000. Algunos delegados combativos y un importante sector de trabajadores vienen desde febrero de 1997 recuperando “*derechos laborales*” arrebatados por el gobierno peronista de Menem y el grupo empresario de Roggio en complicidad con la UTA (Unión Tranviarios Automotor).

Pero no sólo en eso radica la importancia de desarticular un CD que no responde verticalmente las decisiones de la comisión directiva de UTA, y que por ser un sindicato cegetista podríamos pensar que tampoco obedece las decisiones de dicha cúpula sindical, sino que la “Sociedad Política” actual no tolera que haya dirigentes sindicales que actúen con otros principios y valores

que buscan la emancipación de los trabajadores en lo estratégico y defender los derechos adquiridos y pelear por nuevos en la coyuntura. Dicha “Sociedad Política” tendría algunos problemas en la “governabilidad”^{vii} en un contexto, de crisis o no, en el epicentro de la capital del país. En este sentido debemos tener en cuenta la significativa función que cumplen actualmente los subtes en la movilización y circulación de casi un millón cuatrocientos mil trabajadores^{viii} por día, y el problema político-económico que puede generar que los mismos no funcionen. Entonces, como señalamos anteriormente, aparece la centralidad de este medio de transporte, afectando al sector de servicios en la Ciudad de Buenos Aires.

Pero el sindicato no está solo, está apoyado por el capital y el gobierno “nacional y popular” de los Kirchner. En una clara demostración de fuerza y extorsión pasando por alto el “derecho de huelga y otras leyes”. En el diario Página/12 del día viernes 12, *“el Gobierno anunció que recurrirá a la Justicia y a la policía para garantizar el normal funcionamiento de los subterráneos”*, al tiempo que Metrovías dijo que implementará un “cronograma de emergencia”. El Ministerio de Trabajo y la empresa coincidieron en calificar el paro como “injustificado”.

El Ministerio de Trabajo de la Nación que conduce Carlos Tomada, emitió un comunicado que sentaba posición: “No hay detrás de esta cuestión ningún conflicto laboral, no se acreditaron irregularidades que fundamenten” la impugnación de la elección de delegados, “tornando injustificada e ilegítima la postura de quienes pretenden privar a centenares de miles de ciudadanos del servicio público de transporte”. Los delegados esperaban que el ministerio actuara del mismo modo que el 12 de mayo, cuando anuló la convocatoria. Sin embargo, en los despachos del Poder Ejecutivo el clima había cambiado. “Los delegados siempre impugnan porque no quieren elecciones, o las quieren a su manera”, comentaron^{ix}.

El CD es uno de los pocos movimientos con cierta potencialidad contrahegemónica en el sentido gramsciano. Desde 1997 hasta la actualidad han logrado no sólo resistir sino *revertir* en su lugar de trabajo, en su situación específica que los relaciona con el sindicato de la UTA, el grupo económico de Roggio y el Poder Político, casi todas las políticas “flexibilizadoras” instauradas por la empresa. Es decir que lograron a través de sus luchas cambiar la relación de fuerzas existente. Aunque supongo que es una obviedad esta aclaración que un CD no va a eliminar la relación de dominación y explotación capitalista en el país.

Entre los triunfos más importantes podemos destacar:

- 1) La incorporación de casi la totalidad de los trabajadores “tercerizados al Convenio de UTA”. Este cambio implicó mejoras sustanciales no sólo en la dimensión material, salario y condiciones de trabajo, sino también en la dimensión subjetiva de la “*clase que vive del trabajo*” (Antunes Ricardo, 2003, 2005); permitió revertir la fragmentación que produce la precarización, la tercerización o el trabajo part time. La incorporación desarrolló vínculos solidarios entre los trabajadores que se empezaron a percibir como parte de una misma *unidad*.
- 2) Triunfo salarial en 2004/05 llegando a obtener un “44 % de aumento” cuando la CGT había pactado con el capital y el Estado un aumento del 19,5%^x.
- 3) La obtención histórica (después de 4 días de huelga) de las “6 horas por condición de insalubridad” para todos los trabajadores del subterráneos y la reincorporación de aquellos que fueron despedidos por participar del conflicto. Esta victoria posibilitó la creación de 500 puestos de trabajo en un contexto global y latinoamericano donde la desocupación es regla general.
- 4) Evitaron en varias ocasiones la instalación de máquinas expendedoras generadoras de desocupación. Reincorporar a los despedidos que actuaron en el conflicto.
- 5) Evitaron la eliminación del “puesto del guarda” lo cual iba a generar más desocupación y los conductores debían cumplir con dos tareas; esta doble función es denominada por los científicos políticos y sociólogos del trabajo como producto del *toyotismo*, “polivalencia”. Ésta refleja la capacidad del trabajador para operar en varias máquinas, combinando “varias tareas simples” (Antunes, Ricardo, 2003). En este proceso también evitaron nuevamente la instalación de máquinas.
- 6) Recuperaron la “*estabilidad laboral*” a partir del paro de febrero del '97, la patronal sabía que si había despidos o arbitrariedades *las bases* responderían de conjunto con paros.
- 7) En las elecciones de 2006 para elegir Delegados la lista que confronta a la UTA, con características antipatronales y antiburocrática, ganó sobre 1308 trabajadores que podían votar (en un padrón de 1991 trabajadores) la lista del CD combativo fue apoyado por 1095 trabajadores^{xi}.

Como señala Blisky, los grupos de choque (o patotas) no son ninguna novedad para la actualidad, ya que a principios del siglo XX, los sectores dominantes se encargaron de formarlos y hacerlos operar en pos de la “armonía social”. Su fin era que los trabajadores no reclamen, no se organicen, ni paren el proceso de producción. En ese sentido las prácticas sindicales de los dirigentes de la UTA se asemejan demasiado al pasado. Según Roberto Pianelli delegado de la línea E “acusó a la UTA de formar grupos cuasimafiosos que por tener uno diferentes opiniones están golpeando e intimidando”^{xii}.

En el año '93 se concesionó el servicio del transporte de “subterráneo de Buenos Aires” a Metrovías S. A integrante del grupo económico Roggio. En este sentido caracterizan la venta y concesión de activos por parte del Estado como parte de la sostenida ofensiva emprendida por el capital contra la fuerza de trabajo en el que busca recuperar la tasa de ganancia y relanzar la acumulación capitalista (Gilly, 1985) En el caso del subterráneo, como demuestra Basualdo (2002) supone la apertura de nuevos mercados y áreas de actividad con un reducido –o, como se pudo comprobar luego, inexistente-riesgo empresarial, en la medida en que se trataba de la transferencia o la compra de activos a ser explotados en el marco de reservas legales de mercado monopólicos, con ganancias extraordinarias garantizadas por los propios marcos regulatorios. (Vocos Federico y Compañez Manuel, 2008;2).

La privatización fue un negocio para pocos que perjudicó de entrada a los trabajadores: de los 3643 empleados estatales del subterráneo, sólo 1100 fueron contratados por la nueva empresa. Por cuenta del Estado corrieron las indemnizaciones del resto de los trabajadores, muchos de los cuales fueron presionados a aceptar ese retiro voluntario; como contrapartida se reincorporó a empleados nuevos. Así el plantel inicial fue de 2200, de ellos 1600 pertenecían al mismo convenio (Bouvet, Virginia, 2008). Con la privatización quedó sin efecto el Convenio Colectivo^{xiii} que regía desde 1975. De la Jornada laboral de seis horas diarias por la condición de “insalubridad”, la nueva gestión privada impuso 8 horas diarias, además de bajar los salarios; ambas medidas que apuntaban a elevar la ganancia de la empresa.

Sectores como el de limpieza y el control de evasión, fueron contratados a través de otras empresas, es decir se tercerizaba el trabajo. Una modalidad en auge de ésta época, por ejemplo la empresa Metropolitana en seguridad, Fiel para control de la evasión, Taym para la limpieza, siempre por menos salario y en peores condiciones que el personal de Metrovías (bajo convenio UTA). Unos quinientos trabajadores se encontraban en esta situación.

En este marco, aquellos que pretendían organizarse debían reunirse fuera del lugar de trabajo, a veces de manera clandestina, para estar en condiciones de dar una respuesta efectiva a las acciones de la empresa^{xiv}. En el inicio del manejo de la concesión por parte del grupo Roggio, allá por 1994, lo que primaba en la vida del subte era el miedo a los despidos. Quienes trataban de organizarse tenían que hacer sus reuniones afuera, de manera secreta. Se armaron agrupaciones en varias líneas, que no siempre se conocían entre sí^{xv}.

Según el delegado Pianelli, “había esencialmente 2 organizaciones clandestinas. Una existía en los talleres y la otra en el área de boleterías, nosotros hacíamos boletines que los volanteaban afuera desde afuera y que esencialmente decíamos lo mismo. En los talleres había gente del Partido Obrero y gente que había militado en el MAS, sacaban un boletín que se llamaba “Trabajadores de Metrovías”, el referente más importante era Charly Pérez; y en la otra éramos varios que militábamos en el MAS, Chato, Baigorria (hoy delegado de la línea A), Compañez, y, luego se sumó Bouvet, y otros compañeros más, teníamos gente en 4 o 5 líneas, pero el trabajo era ultra clandestino^{xvi}. El boletín que sacaba esta segunda agrupación se llamaba “El Túnel” con claras referencias al pasado de lucha de su corriente político-sindical (PST). “Ahí empezamos a armar la organización, nosotros publicamos un boletín que se llamó el Túnel y empezamos a elegir Delegados no reconocidos gremialmente porque no existía eso, pero reconocidos por la UTA. Nosotros teníamos una organización a dos niveles. Una de superficie que aparecía ligada al sindicato y una organización clandestina que publicaba el boletín. Hicimos tres números. Esta fue una tarea dura. Nos empezamos a reunir en los túneles. De ahí el nombre. Con otros militantes del PST de otras líneas le fuimos dando forma a la organización, que llegó a ser muy importante en la línea B. Era medianamente importante en la línea D y en la C^{xvii}”.

La concesión del servicio al Grupo Roggio se llevó consigo a la organización creada por los trabajadores durante los '80 y a la mayoría de los activistas y militantes políticos. En ese sentido el Delegado Carlos Pérez declaraba: “Quienes comenzamos a trabajar en 1994 nos encontramos con cuadro de desmoralización y odio a la burocracia sindical y asumimos la tarea de comenzar la reorganización de los trabajadores. Asumimos como propia la historia de luchas del subte, y se produjo una mezcla de experiencias de los que veníamos despedidos de otros gremios, los jóvenes recién comenzaban su experiencia laboral y los compañeros que quedaban del subte” (Rouspil Celeste, 2007; 97)

El primer conflicto importante que experimentaron los trabajadores y algunos delegados combativos (dado que todavía no eran mayoría en el CD) después de la privatización fue el que se originó por el despido del conductor Contreras en febrero de '97. La acción directa fue impuesta no sólo a la empresa sino también al CD que en ese entonces estaban influenciados por la política de la UTA; su secretario general era Juan Palacios. Dicho despido fue el punto de llegada de una serie de ataques por parte de la empresa sobre los trabajadores. El punto de partida fue la privatización y los despidos masivos, la vuelta a las 8 horas de trabajo, manoseos y arbitrariedades a destajo. Este conflicto fue denominado el paro de "Varela" por la estación donde se inició. En este contexto objetivo, tuvo sin lugar a dudas, su relación dialéctica con su momento subjetivo. Quien tuvo una participación activa, fue la entonces delegada Bouvet, quien militaba sindicalmente en la agrupación de Boleteros "El Túnel"; parecía tener en sus intervenciones político sindicales un aprendizaje de las experiencias de lucha llevadas adelante por su abuelo, un delegado del Partido Comunista en la década del '70 que trabajaba como colectivero. "Trabajé en compañía de Transporte Río de la Plata, de Plaza Once a La Plata y la costa; después en Chevallier, donde conocí al delegado Bouvet, cuya nieta ahora trabaja en Subterráneos"^{xviii}.

A las 8:30 de la mañana la empresa por medio de la jefatura pretendió mover los trenes de la línea E con el personal Jerárquico, entonces ahí los trabajadores "unidos y convencidos" bajaron a las vías para evitar que las formaciones salieran como si nada sucediese. De esa manera se pudo garantizar el paro. Los huelguistas usaron los medios de comunicación que la empresa utilizaba diariamente para vigilar y controlarlos, ahora en manos de los trabajadores dichos medios eran utilizados para *difundir, expandir y sostener el paro*. La primera línea que se sumó fue la B, a las 9 horas y un rato más tarde la D; la línea A dejó de funcionar a las 11 horas y la C adhirió después del mediodía.

Después de 3 años de organización y militancia clandestina, esta primera huelga en la era privada fue el producto de una multiplicidad de factores, tanto objetivos como subjetivos, articulados de manera compleja y en mutua relación. Podemos afirmar que sin dudas marcó un quiebre, un momento bisagra que empezaba a expresar en el plano de lo manifiesto la construcción política realizada en las bases, durante un largo tiempo, de manera silenciosa e invisible.

Este proceso fue configurando una "nueva relación de fuerzas" entre la empresa y la UTA con un grupo importante de trabajadores. Como aquel que soporta lo insoportable pero que mantiene de

forma latente y esperando el momento para revertir las condiciones de opresión. Después de este proceso el grupo Roggio tuvo que abandonar su práctica aleccionadora de despidos para infundir miedo buscando fragmentar a la clase subalterna. “Si bien el cuerpo de delegados estaba hegemonizado por delegados que respondían a la UTA, este conflicto les permitió a algunos trabajadores combativos convertirse en referentes ante sus compañeros” (Bianchini, Facundo y Torme, Mauricio, 2008).

Este proceso de fortalecimiento de la organización de base, de trabajadores politizados y delegados combativos fue ratificado a fines del mes de mayo después de un despido. Dentro del conjunto de los trabajadores se vislumbraban diferentes tendencias políticas que tenían implicancias concretas a la hora de tomar una medida. Hubo debates, asambleas acerca de qué hacer ante una fuerte ofensiva de la empresa sobre los trabajadores más politizados. Nuevamente la *unidad* no sólo se generaba por el trabajo político en las bases, sino por la propia política de la empresa que avanzaba en todos los sectores y de todas las formas. Algunos delegados opinaban que una nueva huelga fortalecería la relación de fuerza quebrada y obtenida a favor del trabajo. Mientras otros con mucha influencia en determinados sectores del subte sostenían que la empresa era “Mike Tyson”, que no había que ir a la confrontación. Luego de discutir en asamblea, algunos trabajadores y delegados decidieron hacer el paro.

“Si el tren estaba flojo a la mañana y la despedida era del turno tarde, no había que repetir la táctica de febrero. Había que actuar en el horario donde teníamos más compañeros dispuestos. El paro al mediodía se aprobó el día anterior en una asamblea de 12 boleteros y 5 delegados. El 28 de mayo de 1997, a las doce del mediodía, los trabajadores de Metrovías paramos por segunda vez en contra de un despido... El paro fue masivo y la reincorporación inmediata. A las tres de la tarde ya se había firmado, las actas en el Ministerio” (Bouvet, Virginia, 2008;39).

Al cambiar la relación de fuerzas, algunos delegados antipatronales y antiburocráticos y un importante grupo de trabajadores activados en los conflictos tomaron la iniciativa del proceso político-sindical. Muchos trabajadores comenzaron a *desnaturalizar* prácticas y relaciones de dominación que antes aceptaban como parte de un “desarrollo natural”, y como parte de un orden “dado” donde cada uno ya tenía prefijado de manera platónica la ubicación social, política y económica en un régimen social. Predominaba el “Si, Señor”. Por otro lado podemos afirmar que entre los sectores importantes donde surge uno de los grupos de activistas fue en el de Boleteros,

lugar donde mayor rotación y despido de personal se producía y donde se encontraban los trabajadores más jóvenes de todo el subte.

Sin duda la empresa acusó el golpe de dos paros contundentes por parte de la base en los que se obtuvieron pequeños avances en cuestiones materiales y esenciales, como por ejemplo tener agua potable. La empresa ensayó con distintas estrategias para poder someterlos, desde mediados del año '97 hasta el 2000 la ofensiva se focalizó en los trabajadores y delegados más combativos. Los mecanismos fueron la persecución diaria, aprietes y amenazas a propios y familiares, no pago de salarios, etc. La tarea era romper y evitar la propagación del *“buen sentido”* es decir una *“conciencia crítica superadora del momento productivo”*.

En septiembre de 2000 las elecciones plasmaron un nuevo CD. Esta vez ya se observaba con una mayoría de delegados que no respondían a la UTA. Sobre un total de 21 delegados de base, 12 eran independientes de la burocracia y de la patronal. Muchos de ellos venían participando en la lucha contra los despidos por la jornada de 6 horas desde el año '96. Podemos nombrar a Chiappe, Bouvet, Compañez y Maestri, en la línea A; Gervasi en la C; Abraham, Fragueiro y Sena, en la D; Pianelli, Violas y Piero, en la E y Perez en Taller Rancagua (Bouvet, Virginia, 2008).

El 2000 no trajo sólo cambios a nivel del CD sino también en la política nacional. En Octubre de 1999 la sociedad argentina le dijo basta a la década menemista y apostando a un cambio, pero el gobierno presidido por De La Rúa continuó con las políticas neoliberales ejecutadas por dicho gobierno, como por ejemplo la *“flexibilización laboral”* fue profundizada por las políticas del gobierno de la Alianza.

Ante este nuevo contexto la empresa no dudó en promover acciones para debilitar y/o aislar al nuevo CD con claras características combativas. La ofensiva consistía en generar sanciones a trabajadores que los mismos delegados no pudieran resolver.

Pero aún en dicho contexto la empresa no dejó de aplicar su plan de *“flexibilización laboral”*, elementos del *“toyotismo”* se hacían presente. La nueva medida era la eliminación del *“puesto de guarda”*. Comenzarían por la reubicación de los guardas en otras funciones y lugares de trabajo; los conductores deberían cumplir con la tarea del guarda (*polivalencia*). La línea B sería el laboratorio de experimentación porque hacía poco tiempo que habían renovado el sistema de señalización pero sobre todo porque los 3 delegados respondían a la UTA. La sorpresa para

propios y ajenos fue que una de las delegadas rompió con UTA y se identificó con los intereses de los trabajadores. Su práctica consistió en avisar a los demás delegados y trabajadores de la línea de la nueva medida flexibilizadora. Muchos trabajadores se reunieron al día siguiente para ir a reclamar al sindicato, aunque algunos con *conciencia crítica*, sabían que el sindicato acordaba dichas medidas con la empresa. Los trabajadores que todavía confiaban en el sindicato debían pasar por el *proceso* de ir a pedir que el sindicato defienda sus derechos. Se realizaron asambleas de base en toda la línea; los trabajadores decidieron hacer un paro sorpresivo para el día siguiente: el día viernes.

Para el subte no era ideal en términos de impacto porque es el día hábil de menos movimiento y, además, no es muy táctico en términos gremiales porque si el conflicto se extiende al fin de semana tiene menos repercusión. Pero no había alternativa (Bouvet Virginia, 2008;60). El paro fue casi total. A la eliminación del puesto de guarda se le sumaban ahora 218 telegramas de despido. La empresa tuvo que poner personal jerárquico a manejar algunos trenes que salieron con un diagrama de emergencia.

Al mediodía el Ministerio de Trabajo de la Nación dicta la conciliación obligatoria. Todo volvía a la situación anterior al paro. Los despidos quedaban en suspenso y la flexibilización por el momento no se podía aplicar. Los guardas seguían siendo guardas.

La preocupación más importante de los delegados combativos era mantener la *unidad* de los trabajadores diferenciados por sus funciones, donde se hace práctica concreta el individualismo fragmentador. Los conductores de la línea B eran los que más firmes estaban en contra de la eliminación del guarda dado que no querían trabajar solos en las formaciones. *El frente único entre los delegados avanzaba porque era capaz de priorizar los acuerdos por sobre las diferencias. Esencialmente, era el resultado de la alianza de dos grandes bloques: las líneas A y E, por un lado y la línea D y el taller Rancagua, por el otro* (Bouvet, Virginia, 2008;66).

El conflicto por el “puesto del guarda” duró más de tres meses. En ese tiempo se pudo fortalecer un grupo humano de dirigentes y aceptar la relación con las bases. El sindicato había negociado la entrega de los guardas con la empresa: lo que no sabemos a cambio de qué fue. Pero el conflicto los estaba superando; los delegados y las bases resistían, no sólo por la convicción y principios que los lleva a defender sus derechos, además potenciado por el elevado ánimo que tenían producto de sus triunfos, sino porque no les quedaba otra que luchar para poder sobrevivir como trabajadores.

El gremio tuvo que ir cambiando su posición al compás de los acontecimientos, la relación de fuerzas favorecía cada vez más a los delegados contestatarios y a las bases. Pasaron de declarar en sus comunicados que: “Si quieren locuras, sigan solos” en contraste “a favor de la defensa incondicional del puesto del guarda”. Este cambio táctico no era producto de una maduración de su política en defensa de los trabajadores, sino para no quedar mal parados ante una eminente derrota. Es decir que su viraje tenía un carácter formal, porque en los hechos seguían operando a favor de la eliminación del puesto del guarda y tratando de cooptar algunos delegados. Cuando la empresa reincorporó a los despedidos en una reunión del Ministerio de Trabajo y dejó sin efecto la eliminación de los guardas, esas actas reflejaban que la pulseada se había ganado desde abajo, en las bases, en las líneas, en los talleres.

Con el triunfo del “puesto del guarda” la posición de los delgados “*antipatronales y antiburocráticos*” se había fortalecido notoriamente, a la vez que de manera dialéctica se había debilitado la posición de la empresa, y el sindicato mostraba a las claras sus intereses reales.

La relación de fuerzas favorables a los delegados combativos y a los trabajadores politizados indicaba que había que seguir hacia delante, organizando y fortaleciendo el CD. Era el momento de ir por las seis horas de trabajo, reclamo histórico para los trabajadores del subte. La privatización llevó de seis a ocho las horas de trabajo, cosa que ni la política económica de la dictadura militar había hecho.

Las bases realizaban asambleas y tomaban decisiones; teniendo en claro los objetivos que debían encarar en el corto y mediano plazo, los trabajadores decidieron insistir en que sea el sindicato, o sea la comisión directiva de la UTA quien encabece la lucha por las seis horas y los reclamos salariales pertinentes. Pero una vez más la burocracia les respondió a los trabajadores como responde una burocracia. En Julio de 2001 un grupo de trabajadores marcharon hacia la sede central del sindicato pero “fueron agredidos por una patota, unas cien personas, del subte, directivos del gremio y colectiveros, que nos recibieron con los brazos abiertos y los puños bien cerrados” (Bouvet, Virginia, 2008: 70).

Por diferentes contactos se fueron armando proyectos sobre las seis horas por “insalubridad”. El día 22 de agosto de 2002 fue tratado en el recinto de la legislatura porteña, con la presencia de más de 800 trabajadores del subte. El proyecto de ley 871 se debatió durante horas y se aprobó por amplia mayoría. Pero ésta era una victoria a medias, ya que el jefe de gobierno, Ibarra, el 13 de septiembre, vetó dicha ley.

El contexto político nacional había cambiado, el movimiento popular que se había gestado a partir de la crisis de 2001 comienza a ser cooptado y disciplinado por el gobierno de Eduardo Duhalde quien a través de la policía bonaerense asesina a los piqueteros Maximiliano Kosteki y Darío Santillán. El Estado mostraba hasta dónde podría llegar si fuese necesario para mantener el “orden público”. Contrariamente a estos sucesos reales, el Politólogo Arturo Fernández, señala que “el mérito principal del gobierno de Duhalde es haber mantenido las libertades y, pese a la explosión de las actividades delictivas, conducir un política de seguridad en general moderada y alejada de la tentación autoritaria. Quizás la única “promesa” de Duhalde que pudo cumplir fue la evitar recurrir a la violencia estatal para afrontar los gravísimos problemas que atraviesan la sociedad y el Estado argentino” (Fernández, Arturo, 2002;8).

Aunque no se pudo lograr el objetivo de las seis horas, los meses siguientes posibilitaron el desarrollo de la conciencia de los trabajadores y el fortalecimiento de la organización.

El jefe de gobierno porteño pretendió realizar una salida decorosa para que su medida no quede como antiobrera. Para ello decidió dar curso al expediente de insalubridad que dormía en el despacho de Policía de trabajo desde hacía meses. La dirección de la UTA aprovechó el revés sufrido por los delegados antipatronales para desacreditar su política y mostrarse como alternativa ante los trabajadores, buscando recuperar la iniciativa y algo de legitimidad. La opción correcta según los dirigentes de la UTA, era la vía legal, o sea la emprendida por el Jefe de Gobierno, decían: “dentro de la ley, todo”.

En el año 2003, el 10 de julio, el sindicato firmó con la empresa un acuerdo salarial y la modificación del Convenio Colectivo, estableciendo tres nuevas categorías flexibilizadas en el sector de boleterías. No por casualidad el Ministerio de Trabajo lo homologó en tiempo récord. Un acuerdo a espaldas de los trabajadores siempre esta bajo sospechas. La empresa sabía que el gobierno sacaría un decreto de aumento salarial donde se incorporaría al básico \$225, mientras que el acuerdo de la UTA era por \$200 y la incorporación de \$125.

El acuerdo fue leído como una nueva traición por parte de la conducción del sindicato. Los trabajadores tenían mucha bronca, por ello se decidió ir a un paro y desautorizar por primera vez un acuerdo firmado por la UTA. Una vez más los delegados supieron utilizar a su favor una variable que ellos no manejaban: la política nacional. Realizaron acciones de todo tipo desde ir a entrevistarse con el Jefe de Gabinete, Fernández y el Presidente de la Nación de ese momento, Kirchner, hasta ir abuchear a los actos de campaña a Ibarra. En agosto había elecciones en la

Ciudad Autónoma. Ibarra perdía en primera vuelta contra el derechista Macri. Antes de que se produjera el Ballotage los delegados visitaron al Jefe de Gobierno para anticiparle que si no salía la ley por insalubridad, los subtes irían al paro en medio de que los porteños decidirían entre Ibarra y Macri.

Las acciones tuvieron efecto, la oficina de Policía de Trabajo de la Ciudad de Buenos Aires firmó la declaración de insalubridad en el subterráneo el 5 de septiembre de 2003. Pero esa medida tenía un carácter parcial porque comprendía a dos tercios de todos los trabajadores del subte quedando excluidos los boleteros, el Premetro y a algunos talleres. No obstante, era un triunfo, ya no sólo porque quedaba instalado el derecho a trabajar seis horas, sino que ahora quedaba parcialmente reconocido en el plano formal por una ley.

El 1 de abril de 2004, en silencio, el sindicato firmó con el Ministerio de Trabajo un acuerdo que establecía la reducción de las seis horas para dos tercios de los trabajadores del subte. Para el sector de los boleteros (unos 500 trabajadores) la jornada laboral sería de siete horas y además venía acompañado de la incorporación de máquinas expendedoras que atentaban nuevamente contra sus puestos de trabajo.

Los trabajadores reunidos en asambleas, discutieron la necesidad de ir a un nuevo paro del servicio. La política de la empresa y el Estado fue desgastar la huelga, poner en contra a los “usuarios”, otros trabajadores, y generar grietas para quebrar a los menos convencidos. Pero los delegados y la mayoría de los trabajadores se sostuvieron en el paro, aunque la primera noche empezaron a llegar los telegramas de despido. Debe decirse que los que sostuvieron el paro de manera activa y efectiva en el lugar de trabajo no fueron la mayoría sino un conjunto menor entre los que se encontraban los delegados y los trabajadores más politizados. El paro duró 4 días, y aunque hubo rumores de que el gobierno mandaría a reprimir, el paro no se levantó. También organizaciones sociales y políticas de izquierda se hicieron presente como muestra de solidaridad en apoyo de los trabajadores por los reclamos laborales. “El servicio estuvo parado ochenta horas. Fue la medida gremial más larga y cada día eran más los compañeros que la apoyaban, que participaban en ella y que dormían en el subte” (Bouvet, Virginia, 2008;99). Esa huelga terminó de afianzar a los delegados combativos y fortaleció la confianza de los trabajadores en ellos. Esa huelga histórica fue ganada, contra el sindicato, la empresa y el Estado. Se reincorporo a los despedidos, no pusieron máquinas expendedoras y por fin se consiguieron las seis horas para todo Metrovías.

El conflicto salarial llevado adelante por el CD a fines de 2004 y principios de 2005 fue abordado en una investigación anterior publicada por el *Internacional Institute of Social History* en su sección *Labour Again Publications* en versión electrónica. En esa oportunidad, junto a Facundo Bianchini^{xix} sosteníamos que la importancia de dicho conflicto radicaba en que rompía con la pauta salarial establecida por el gobierno peronista, las empresas y la dirigencia de los sindicatos tradicionales nucleados en la CGT, abriendo así el camino para más y mayores reclamos salariales. Pero por otro lado, junto con el conflicto de los trabajadores telefónicos de fines de 2004, rompía con la invisibilidad pública de los conflictos que hasta ese momento eran silenciados por el tándem gobierno-medios de comunicación (Bianchini, Facundo y Torme, Mauricio, 2008).

La Teoría Crítica como parte central del antagonismo social:

“El mismo mundo que para el individuo es algo existente en sí, que él contempla y debe aprehender, es al mismo tiempo, en la forma en que existe y subsiste un producto de la praxis social general. Lo que percibimos en nuestro entorno, las ciudades, los pueblos, los campos y los bosques, lleva en sí el sello de la elaboración. Los hombres son el resultado de la historia no sólo en sus vestidos y en su conducta, en su figura y en su forma de sentir, sino que también el modo en que ven y oyen es inseparable del proceso vital social tal como se ha desarrollado durante milenios. Los hechos que los sentidos nos presentan están socialmente preformados de dos modos: a través del carácter histórico del objeto percibido y a través del carácter histórico del órgano percipiente. Ambos son no sólo naturales, sino que también están configurados por la actividad humana”. (Horkheimer Max, 2000;35).

Pretendemos señalar que estudiar y analizar las prácticas político-sindicales del CD desde un modelo de conocimiento *funcionalista* como lo hacen los científicos políticos y sociólogos del trabajo que hegemonizan las disciplinas sociales que estudian prácticas sindicales y/o mundo del trabajo, *no les permite observar las tensiones y contradicciones que existen en el “todo social” porque su enfoque les imposibilita ir más allá de lo tangible, visible por medio de los sentidos.*

Para comprender a qué nos referimos con estas ideas, podemos denominar a las visiones academicistas con lo que Max Horkheimer llamó la “Teoría Tradicional (Horkheimer, 1937) ya que: Naturaliza y describe las prácticas político-sindicales, se queda en el qué, en el cómo, sin preguntarse el por qué. Investigan de manera científica lo “manifiesto”, lo que “aparece” sin preguntarse las relaciones que “constituyen” lo fenoménico, lo que hace que el “síntoma” sea, es decir, el proceso que lo produce. No les interesa comprender el devenir de las cosas, sino que “ven” las cosas como son, como se hacen presentes, como si fuera una fotografía.

Según el sociólogo Eduardo Gruner, es la realidad la que es “falsa”, no en el sentido de que sea falso lo que vemos (el capitalismo, efectivamente, contiene las esferas de circulación y consumo), sino en el sentido de que eso que vemos es sólo una parte de la realidad –es un efecto, pero no la causa en sí misma, del proceso completo en que consiste la realidad. *Nuestros sentidos no nos “engañan”, pero no son suficientes* (Gruner, Eduardo, 2003;116).

Como decíamos en la introducción, no resulta casual que haya muy pocas investigaciones o escritos sobre el CD “*antipatronal y antiburocrático*” que remitan al caso del Subte. Los empresarios y los gobiernos están habituados por conveniencias materiales y políticas a que la “*clase que vive del trabajo*” esté dirigida por sindicalistas cuyas prácticas disten mucho de los reales intereses de su clase. La corrupción de los dirigentes implica una degradación ético moral pero también, política. Es por eso que nos resulta relevante para los trabajadores del subte y la clase subalterna en su conjunto, intentar aportar algún elemento que permita reflexionar críticamente sobre dicha experiencia político-sindical.

Entre los pocos escritos, vamos a analizar críticamente el Documento elaborado por Montes Cató y Ventrici. La elección no es arbitraria sino que radica en un desacuerdo acerca de cómo comprenden el proceso político sindical que estamos analizando. Aquí sostenemos que depende del modelo de conocimiento que se utilice para explicarlo lleva a unas u otras consecuencias teóricas y prácticas. Por ello, el análisis que hagamos no resulta ser inocente ni sin consecuencias. “*Toda interpretación del mundo, toda forma de conocimiento de lo real, está indefectiblemente situada por el posicionamiento de clase, la perspectiva político-ideológica, los intereses materiales, los condicionamientos culturales o la subjetividad (consciente o inconscientemente) del intérprete*” (Gruner, Eduardo, 2006;105). Esto significa repensar el rol del científico social en la sociedad capitalista que nos toca vivir. En este sentido compartimos la posición sobre este tema esbozada por Horkheimer en 1937, cuando afirma que: “La profesión del teórico crítico es la lucha, a la que pertenece su pensamiento, y no el pensamiento como algo independiente o que se pueda separar de la lucha” (Horkheimer Max, 2000;51).

Los autores dicen: “La UTA formó parte de la CG-Azopardo...Se trataba de un conjunto de sindicatos críticos del menemismo” (Montes Cató, Juan y Ventrici, Patricia, 2007;34).

1-Crítica: Los autores no muestran con suficiente solidez empírica en qué se manifiesta la “supuesta criticidad por parte de la UTA hacia el gobierno peronista de Menem”.

Los autores: “Si bien el sindicato se opuso a la concesión privada, a partir de ella entabló una doble estrategia. En el plano interno llevó adelante una alianza estratégica con la empresa Metrovías que condujo al sindicato a alejarse de las bases (a pesar de la presencia de delegados en todas las líneas), a desestimar la movilización de trabajadores como herramienta de acción y a centrarse en la administración de los recursos organizativos. En el plano externo su participación en el MTA le valió un perfil opositor”. (Montes, Cató Juan y Ventrici, Patricia, 2007;35)

2-Crítica: Nuevamente: de qué manera la UTA se opuso a la privatización?. Dónde se manifestó esa oposición?. El capítulo 2 que aborda el tema en cuestión no da elementos empíricos que sostengan dichos argumentos. Parece muy paradójico pensar que se opusieron a la privatización y luego de realizada formara una alianza, y que (ésta) dicha alianza provocase un distanciamiento con las bases, a desestimar la movilización de los trabajadores como herramienta de acción y a centrarse en la administración de los recursos organizativos. Los argumentos esgrimidos parecen ser muy endeble ya que haciendo una historización de los trabajadores del subte, sus cuerpos de delegados, sus luchas y su sindicato, no se encuentra el “momento” en que la UTA tuvo un importante vínculo con las bases reivindicando derechos laborales perdidos o nuevos, es decir, luchando contra la empresa (estatal o privada) y el Estado. La movilización de trabajadores como herramienta de acción por sí sola no genera ningún beneficio (si lo consigue) más allá de lo económico-corporativo para la “clase que vive del trabajo”. El SMATA^{xx}, la UOCRA, CAMIONEROS etc., en distintas situaciones políticas movilizan a sus bases, pero la pregunta es: ¿bajo qué política y qué intereses concretos son movilizados?, ¿son movilizados para confrontar con sus explotadores, para avanzar en su luchas por romper con la alienación económica, para solidarizarse con otros trabajadores que sufren la opresión? o para que la dirección del sindicato negocie algún acuerdo con la patronal y el Estado no modificando las jerarquías y desigualdades al interior del sindicato, o que los trabajadores no tomen conciencia de las implicancias de realizar prácticas sindicales corporativas y contribuir así a su naturalización.

Los autores: “Retomando la estrategia interna de la UTA, la elección de una política que priorizó su relación con la empresa frente a la demanda de los trabajadores **contribuyó** al surgimiento de expresiones **opositoras** que se fueron manifestando paulatinamente a través de acciones confrontativas”. (Montes, Cató Juan y Ventrici, Patricia, 2007;35)

3- Crítica: Para los autores el hecho de que la UTA haya elegido relacionarse con la empresa “contribuyó” a que los trabajadores, de manera “espontánea” se hagan “opositores”, se organicen y diseñen una política de confrontación con el sindicato. Es decir, en su razonamiento, que el vacío que deja la dirección del gremio posibilita una reacción “opositora” por parte de los trabajadores. Ese argumento le quita toda iniciativa a los trabajadores que traían una experiencia político sindical previa y que, junto a otros, comenzaron de manera clandestina a organizar el CD, y a las corrientes políticas críticas del patrón de acumulación vigente que intervienen en el proceso. Aquí parece oportuno dejar plasmadas alguna de las enseñanzas de Gramsci; en su capítulo sobre “espontaneidad y dirección consciente”, nos dice que: los estudiosos que sostienen la espontaneidad como “método” inmanente y objetivo del devenir histórico y los politicistas que la sostienen como método “político”. En los primeros se trata de una concepción equivocada,; en los segundos, se trata de una contradicción inmediata y mezquina que trasluce un origen práctico evidente, a saber, la voluntad práctica de sustituir una determinada dirección por otra. (Gramsci, Antonio, 2006;358). Además los autores aluden al término “oposición” para denominar lo que no es UTA; desde nuestra perspectiva nos parece un término difuso que no clarifica la realidad del proceso estudiado. Qué es lo que distingue al CD de la UTA y de la mayoría de las prácticas sindicales en casi la totalidad de los sindicatos del país?. Queda claro en nuestro desarrollo histórico que las características que lo distinguen y lo torna un objeto/sujeto de estudio interesante es que trascienden lo económico-corporativo hacia el nivel político en la concepción gramsciana, sus prácticas político- sindicales son “antipatronales y antiburocráticas”.

Los autores: “Cabe recordar que este tipo de organización gremial reconoce importante antecedentes en las diferentes etapas de la confrontación sindical de los trabajadores del subte. El primer proceso de este tipo tiene lugar en los meses de marzo y abril del año 75, año en que se realizan las elecciones en las que se consolida el primer cuerpo de delegados de base íntegramente opositor a la dirigencia de la UTA...Este proceso, en el cual una organización de base sin ningún tipo de respaldo encabeza un conflicto abierto, prolongado y agudo, que además logra resolver exitosamente, constituye, para buena parte de los delegados y activistas del subte, una referencia histórica ineludible con la que se identifican en términos de objetivos políticos y concepción de la práctica sindical y que enmarca el proceso actual en una tradición de lucha del sector que se presenta como un patrimonio, un legado histórico que de alguna manera refuerza cierta identidad confrontativa entre los trabajadores más comprometidos con la construcción del CD”. (Montes, Cató Juan y Ventrici, Patricia, 2007;35)

4-Crítica: Los autores señalan a los antecedentes del año 75 como una referencia histórica ineludible para el actual proceso de lucha; ahora bien, lo que no dicen los autores es de qué manera se produce tal proceso, es decir como les llega esa “tradicción de lucha” desde los años ‘70 hasta mediados de los ‘90?. El enfoque *funcionalista* aplicado para explicar la conformación del CD es un tanto vulgar porque no sólo no dice qué produce que el CD en la actualidad sea combativo, o sea que es lo que está detrás de lo meramente visible y observable por los sentidos, sino que las descripciones son a medias, ya que no señalan por ejemplo, la incidencia que tuvieron las diferentes corrientes políticas en la constitución de esa primera, para ellos, “oposición”; a nuestro entender la más importante fue el PST por su continuidad, luego, en la década del 80 en lo que se configuró como el MAS (dando continuidad a esas experiencias de lucha). Pero también la intervención en ese proceso puntual, de otros partidos políticos, como la tarea desempeñada en ese primer conflicto por parte de la UCR dando protección física y política a los trabajadores politizados que eran perseguidos por la burocracia de la UTA, la triple A y la policía del gobierno peronista. Esto se puede observar claramente en el conjunto de entrevistas a trabajadores de ese período relevado por Compañez y Ledesma en el libro “Cuando el Terror no paraliza 1974-1982”. La forma de entender la historia es sincrónica, o sea, no la entienden de manera dialéctica motorizada por las “contradicciones sociales” y por la “intervención de los hombres”.

Para Antonio Gramsci lo concreto en su percepción directa, oculta las determinaciones que por razones las más de las veces políticas, quedan fuera de la visión perceptual del empirista (Neuhaus, Susana, 2005).

El empirismo se encubre sólo como ingeniería fragmentaria que actúa sobre unidades moleculares del conjunto social, la llamada ingeniería fragmentaria. La investigación, desde el absoluto empiricismo se convierte en una necesidad del discurso dominante para la conservación del poder. Adorno asigna a la burguesía esta decisión de repudiar la teoría (en tanto abstracción filosófica), colocarla fuera de la ciencia y al mismo tiempo negar el entrecruzamiento de la ciencia y la política. Los pensadores de la posmodernidad llevan al extremo esta presunción del racionalismo logocéntrico positivista al perpetrar explícitamente el acto que el pragmatismo sólo insinúa: aniquilar el sujeto pensante y declararlo obstáculo para el verdadero conocimiento (Neuhaus, Susana y Calello, Hugo, 2006;26). Los autores continúan diciendo que “este desprecio por la teoría condena a la investigación sólo a la exposición descriptiva, a la reproducción de lo que está ahí, como es. En tal descripción de entrega a lo “dado” implica una real sumisión del

método como instrumento para realizar sólo mensuras de una realidad medida en tanto previamente cosificada. Se le niega al método la posibilidad de interpretar, la libertad de deconstruir y reconstruir críticamente, punto de partida de la Teoría Crítica” (Neuhaus, Susana Y Calello, Hugo, 2006;26).

Los autores: “Para explicar este proceso tres son los factores que pueden ser tomados en cuenta. El primero refiere específicamente a la eficacia de las medidas de fuerza en términos de correspondencia entre acción e interés manifiesto de la acción colectiva reivindicativa (por ejemplo un paro para obtener aumento de salario logra alcanzar el porcentaje deseado).....El tercer elemento está relacionado con la legitimidad del instrumento de participación en las decisiones de orden gremial y sindical. En efecto, frente a la baja participación promovida por los delegados de la UTA, los nuevos delegados promueven formas de democracia sindical. La capacidad de movilización producto del contacto fluido con las bases les ha permitido al CD salvar un nudo georgiano del modelo sindical argentino. Como se sabe la representación recae en el sindicato con mayor número de afiliados, como la UTA abarca también a las líneas de colectivos, esto le permite a la dirigencia actual mantener el mando del sindicato”. (Montes Cató, Juan y Ventrici, Patricia, 2007;42)

5-Crítica: Para los autores los delegados que inciden en las bases se vuelven “naturalmente opositores” y eso produce mayor porcentaje de participación en las elecciones y por tanto más delegados “opositores”.

Los triunfos gremiales no desarrollan por sí sólo un CD “opositor”, como los autores señalan; en una crítica anterior mostramos que sectores de la burocracia sindical toman medidas de fuerza, realizan huelgas y reclamos salariales; pero sin embargo la pregunta es por qué el CD lleva adelante medidas que el sindicato no?; por qué el CD lucha contra la UTA, la empresa y el Estado?.

Por otro lado, explican que el hecho de realizar asambleas de manera democrática y su capacidad de movilizar trabajadores ha sido otro elemento en la constitución del CD; Este argumento abstracto y ahistórico presupone que el “instrumento” de debate genera “conciencia crítica” en los trabajadores y los moviliza en función de ello. Sin ningún tipo de intervención por parte de otra variable, los autores pasan por alto la incidencia fundamental que tienen en una sociedad masificada como la actual los medios de comunicación generando “sentido común” consumido por “sujetos débiles”, lo que permite a la “Sociedad Política” continuar con su dominación.

Presuponen que los trabajadores son conscientes de sus intereses y reclamos, y que la asamblea generaría una solidaridad de clase entre los trabajadores por el sólo hecho de realizarla. Como dijimos la burocracia sindical también hace asambleas donde los trabajadores “discuten y votan” las medidas que la cúpula ya decidió.

Los autores: “Lo que está en la base de esta problemática es la relación entre representación y representatividad. Una no supone a la otra y por los rasgos de la normativa existente la primera termina vaciando de contenido la segunda haciendo dificultosas las estrategias autónomas que permitirían a quien posee alta representatividad capitalizarla en el plano de la representación. De ahí que las experiencias de base (delegados y comisiones internas opositoras) deban en el mejor de los casos recurrir a las direcciones para suscribir sus demandas o convertirse en interlocutores válidos. En el caso estudiado estamos frente a una novedad cuando analizamos las estrategias de los trabajadores. (Montes Cató, Juan y Ventrici, Patricia, 2007;44)

6-Crítica: A nuestro modo de comprender el proceso “subterráneo” la novedad de la estrategia de los trabajadores del subte no es el desfasaje entre representación y representatividad. El poder real en el subte lo tienen los delegados “antipatronales y antiburocráticos” y el sindicato debe firmar lo que los delegados combativos negocian con la patronal y el Estado, esta es una cuestión normativa referida a la representatividad real de los delegados que supuestamente podría vaciarse por la obturación de las formas institucionales (representación en UTA). Sin embargo, pensamos que la novedad en el CD es que los delegados del subte tienen por su historicidad, sus dirigentes politizados y por la conformación de una organización, una “conciencia crítica” que se manifiesta en prácticas político-sindicales “antipatronales y antiburocráticas” y que este proceso tiene su inicio contradictorio y dialéctico desde mediados de los 70 con la experiencia de la coordinadora interlíneas 5 de abril y la vinculación con los colectiveros, y su continuidad en la dimensión política (MAS) en los años ‘80.

Reflexiones Finales:

A lo largo del trabajo hemos visto que la conformación del CD del subte tiene como características distintivas sus prácticas “antipatronales y antiburocráticas”. Éste CD es un producto histórico cuyo momento inicial se puede encontrar a mediados de los ‘70 en el proceso de lucha que llevaron adelante algunos trabajadores contra la UTA. Ese proceso dio origen a la “coordinadora 5 de abril” y tuvo un mayor desarrollo con la vinculación político-sindical con

colectivos; llegando a formar una lista conjunta que intentaba disputar el sindicato a la dirección burocrática. Debemos remarcar en esa conformación la importancia de algunos dirigentes sindicales con una *experiencia política previa* a la intervención en los subterráneos que militaban en organizaciones políticas y sociales críticas del modo de producción hegemónico, por ejemplo el PST. Esta corriente política fue a nuestro entender la que tuvo mayor incidencia en el proceso de lucha, no sólo por la incidencia de trabajadores pertenecientes a dicha corriente en ese momento político (los '70) sino también porque el PST permitió *acumular la experiencia político-sindical en los dirigentes obreros* que no fueron “desaparecidos” por la dictadura, dando así continuidad, en “democracia”; transmitiendo esa rica *experiencia acumulada* en la configuración del MAS en la década del '80.

También desarrollamos la relación establecida por los sindicatos socialistas, comunistas y anarquistas en las cuatro primeras décadas del siglo XX con el Estado a partir de la lucha y la confrontación. Esta relación se transformó a mediados de los '40 cuando el despliegue de las tensiones sociales fue abandonado por la “armonía social” y concepciones que pregonaban la “colaboración” entre las clases sociales. En este primer período el desarrollo de un capitalismo agroexportador (cereales y carnes) necesitó de cierto tipo de sistema de transporte para movilizar e intercambiar dichas mercancías. Aquí los trabajadores ferroviarios y marítimos y sus respectivos sindicatos cobraron relevancia en la estructuración del incipiente movimiento obrero argentino. Pero desde la década del '70 el capital respondió a su crisis estructural de una manera que pudiera sortear los límites impuestos por los anteriores procesos productivos (fordismo y taylorismo). En ese contexto surgieron medidas flexibilizadoras que intentaron penetrar en todos los ámbitos de la sociedad dando lugar a nuevos cambios económicos políticos y sociales. El neoliberalismo sería, entonces, el eje rector del nuevo proyecto social. En este contexto planteamos la centralidad que adquieren otros sistemas de transportes, por ejemplo subterráneos, donde la mercancía que transportan no son *commodities agrarias* sino *fuerza de trabajo*. En este nuevo modelo económico-social donde el sector servicios de la Ciudad de Buenos Aires adquiere relevancia.

Desde nuestra postura teórica el CD expresa la memoria histórica de las luchas de las clases subalternas a lo largo del siglo XX, prácticas que ejercitaron y recobran actualidad confrontando a los sindicatos burocráticos, el capital y el Estado. El CD se torna de avanzada, con cierta *potencialidad contrahegemónica en sentido gramsciano*, cuando logra “revertir” la *relación de fuerzas* imperantes en su ámbito de trabajo y poder al mismo tiempo dejar sin efecto e impedir

las “*políticas flexibilizadoras*”, propias del proceso de producción “*toyotista*”, instauradas por la *clase dirigente*.

Por último, intentamos desarrollar algunos lineamientos acerca de las consecuencias políticas y teóricas que tiene la tarea del investigador en cuanto a su función en la sociedad que le toca vivir y analizar. En ese sentido la Teoría Crítica, cuyo fundador ha sido Carlos Marx a mediados del siglo XIX, no separa la práctica de la teoría, ni el hacer del sentir y del pensar, sino que asume el objeto de conocimiento como realidad compleja en movimiento, como “realidad real”, donde la relación sujeto-objeto es asumida en su mutua influencia. La Teoría Crítica es teoría de la acción en el sentido que el entender y comprender la realidad social nos debe servir y posibilitar la transformación de la misma. Pero nuestro interés remite a mostrar que la ciencia política en tanto estudia la relación de los sindicatos con el Estado y la sociología del trabajo han sido hegemónicas por ciertos modelos de conocimiento como por ejemplo, el *funcionalista*. Así, éstos, se limitan a “describir y naturalizar” las prácticas político-sindicales. Investigan lo que “aparece”, lo manifiesto, o sea, la máscara social, sin preguntarse por lo que está detrás de esa “cosificación”. Por decir lo que “es” y como “es” se ponen al servicio de lo que “es”. Es decir narran con conceptos en apariencias “neutrales” lo que “envuelve” la relación dinámica entre el sujeto y el objeto. Esta forma de conocer es una necesidad del discurso dominante para mantener el poder. A nuestro entender el Documento de Montes Cató y Ventrisci es abordado desde esta forma de conocer, donde el sujeto/investigador se limita a registrar “hechos claves” cosificados, de ahí las críticas realizadas en el apartado anterior.

Después de haber sido perseguidos, amedrentados y agredidos física y psicológicamente por la burocracia sindical, llevados al comité de ética de la UTA y sometidos a procesos judiciales a delegados combativos, como es el caso del delegado Segovia, el CD decidió, con pocas opciones, luchar por crear su propio sindicato por fuera de la UTA. El resultado del plebiscito convocado para que todos los trabajadores de Metrovías elijan el destino de su organización fue contundente: más del 98,8% de los votantes (1796)^{xxi} votaron a favor del CD y por ende en contra de la UTA, el poder sustentado en las bases fue muy sólido. Pero como hemos observado en el desarrollo de este trabajo, esta construcción y acumulación de poder en las bases no se hace de un día para el otro ni es producto del azar, sino que tiene toda una *historicidad, militantes viejos y nuevos politizados con experiencia previa y un contexto de imposición de políticas flexibilizadoras propias del toyotismo*. Sabemos de la importancia de la consolidación de un CD “*antipatronal y antiburocrático*” para el resto de la “clase que vive del trabajo”, también

sabemos de cómo la burocracia sindical, la patronal y el gobierno seguirán haciendo lo imposible para “desterrar” a los “terroristas” como la empresa denomina al CD. Es por eso que este movimiento con cierta potencialidad emancipatoria debe articularse con otras expresiones combativas del movimiento obrero y popular para ejercer así de manera conjunta prácticas confrontativas a la “Sociedad Política”. En este sentido coincidimos en “que los nuevos tejidos solidarios de resistencia social son un germen, que serán aislados o exterminados si no se desarrollan como nuevos sujetos políticos que se expandan en toda la sociedad civil, para golpear realmente en los núcleos fundamentales de la hegemonía y desconstruir, para toda la sociedad civil, el poder encubridor de su discurso político” (Neuhaus, Susana y Calello, Hugo, 2006;43).

Bibliografía y Notas:

Adorno T. W. (2001) “Epistemología Y Ciencias Sociales”, Ediciones Cátedra.

Adorno T. W. (2002) “Dialéctica Negativa”, Editora Nacional, Madrid.

Antunes, Ricardo (2003) “¿Adiós al Trabajo?”, Ediciones Herramienta.

Antunes, Ricardo (2005) “Los Sentidos del Trabajo”, Ediciones Herramienta y TEL (Taller de Estudios Laborales).

Bouvet, Virginia (2008) “Un fantasma recorre el subte”, Editorial Desde el Subte.

Bonnet, Alberto (2003) “El comando del capital dinero y las crisis latinoamericanas”, en Bonefeld y Tischler *A 100 años del ¿Qué Hacer?*, UAP-Herramienta.

Borón, Atilio y Thwaites Rey Mabel (2004) “La expropiación Neoliberal; el experimento privatista en Argentina”, en Petras, James y Veltmeyer, Henry (Comp.), “Las Privatizaciones y la Desnacionalización de América Latina”, Ediciones Prometeo.

Bianchini, Facundo y Torme, Mauricio (2008), en Internacional Institute of Social History; sección Labour Again Publications, Labour Conflicts in contemporary Argentina. www.iisg.nl/labouragain/labourargentina.php

Compañez, Manuel y Ledesma, Francisco (2006) “Cuando el Terror no paraliza 1974-1982”, Ediciones Desde el Subte.

Calello, Hugo y Neuhaus, Susana (1999) “Método y Antimétodo”, Ediciones Colihue.

Calello, Hugo (2003) “Gramsci del americanismo al talibán”, Ediciones Altamira.

Calello, Hugo (2004) “Los movimientos de resistencia y emancipación en confrontación con los guerreros religiosos y sus intelectuales orgánicos” en Pablo E. Slavin, 4tas Jornadas Nacionales de Filosofía y Ciencia Política, Ediciones Suárez, Mar del Plata.

De la Garza Toledo, Enrique (compilador) (2001) “Los Sindicatos Frente a Los Procesos de Transición Política”, CLACSO.

Fernández, Arturo (compilador) (2002) “Sindicatos, crisis y después”, Ediciones Biebel.

Gruner, Eduardo (2006), “Lecturas culpables. Marx (ismos) y la praxis del conocimiento”, en “La Teoría Marxista Hoy”, Ediciones CLACSO.

Gramsci, Antonio (1985) “La política y el Estado moderno”, Ediciones Obras Maestras del Pensamiento Contemporáneo.

Gramsci, Antonio (2005) “Cartas desde la cárcel”, Ediciones Nueva Visión.

Gramsci, Antonio (2002) “Escritos políticos”, Editora Nacional, Madrid.

Gramsci, Antonio (1972) “Cultura y literatura”, Ediciones Península.

Godio, Julio, Héctor, Palomino, Achim Wachendorfer, (1988) “El movimiento Sindical Argentino (1880-1987)”, Editores Puntosur.

Horkheimer, Max (2000) “Teoría tradicional y teoría crítica”, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, S. A.

Marx, Carlos, (1995) “El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte”, Ediciones de la Comuna.

Montes Cató, Juan y Ventrisci, Patricia (2007) “Organización de Trabajo, flexibilidad y respuesta sindical en el subterráneos de Buenos Aires”, Documento de Trabajo, Ceil-Piette del Conicet.

Neuhaus, Susana y Calello, Hugo (2006) “Hegemonía y Emancipación”, Buenos Aires, Ediciones Herramienta.

Neuhaus, Susana (2005), Mimeo.

Rouspil, Celeste (2007) “Un repaso por los últimos treinta años de los trabajadores del subte” en experiencias subterráneas, Ediciones Instituto de Pensamiento Socialista.

Vocos, Federico y Compañez, Manuel (2008) “La disputa por la equiparación de las condiciones de trabajo. El caso de las empresas tercerizadas de Metrovías”, Editado por Taller de Estudios Laborales y Ediciones Desde el Subte.

Diarios La Nación, Página/12, Crítica de la Argentina.

Desde el subte (Periódico del Cuerpo de Delegados de Metrovías), La Red Subterránea.

ⁱ Delegado de la línea E, Pianelli Roberto, en Prólogo a un Fantasma recorre el Subte, Bouvet Virginia, Ediciones Desde el Subte, Página 13.

ⁱⁱ Libro publicado por el Instituto de Pensamiento Socialista en 2007.

ⁱⁱⁱ Montes Cató Juan Y Ventrici Patricia, “Organización de trabajo, flexibilidad y respuesta sindical en el subterráneo de Buenos Aires”, Documento de Trabajo Área Relaciones Laborales Ceil Piette del Conicet, 2007.

^{iv} Categoría gramsciana que sintetiza toda la clase política dominante sus aliados y sus aparatos consensuales y represivos, en Calello, Hugo (2004). Los movimientos de resistencia y emancipación en confrontación con Los guerreros religiosos y sus intelectuales orgánicos, En Pablo E. Slavin 4tas Jornadas Nacionales de Filosofía y Ciencia Política (pp.72).

^v Ver en www.archivo-chile.com

^{vi} **A)** En el **artículo 40 la ley 23.551 de Asociaciones Sindicales** dice que “Los delegados del personal, las comisiones internas y organismos similares, ejercerán en los lugares de trabajo o, según el caso, en la sede de la Empresa o del establecimiento al que estén afectados...”. Aquí mientras el **Gremio** interpretó que debía formar los padrones por categoría y o funciones, lo que se opone a la forma en que se han realizado hasta el presente, los **Metrodelegados** afirman que se debe votar por establecimiento, es decir por línea y talleres. **B)** El **artículo 45** es claro “...a) De diez (10) a cincuenta (50) trabajadores, un (1) representante; b) De cincuenta y uno (51) a cien (100) trabajadores, dos (2) representantes; c) De ciento uno (101) en adelante, un (1) representante mas cada cien (100) trabajadores, que excedan de cien (100) a los que deberán adicionarse establecidos en el inciso anterior...”. La discusión esta en el otorgamiento de parte de UTA de la cantidad correspondiente que señala la ley en este punto, en el presente hay solo 23 delegados para un padrón de casi 4.000 trabajadores.

^{vii} Concepto utilizado por la Ciencia Política Hegemónica cuyo atributo principal es mantener el “orden social

^{viii} Diario Crítica de la Argentina del día 22 de febrero de 2009, Sección Revista, Página 25.

^{ix} Diario Pagina/12, del viernes 12 de diciembre de 2008.

^x Ver Diario Página/12 del día 12 de febrero de 2005.

^{xi} Ver resultados en : www.metrodelegados.com.ar/spip.php?article808&var_recherche=elecciones

^{xii} Diario Página/12 del día 12 de diciembre de 2008.

^{xiii} Según Federico Vocos los Convenios Colectivos cristalizan una determinada relación de fuerza, son una herramienta que puede resultar útil al trabajador o al patrón según la fuerza con la que se cuenta. Es para tener en cuenta que la gran mayoría de los convenios que se firman en la actualidad tienden a agregar cláusulas que apuntan hacia la flexibilización de la fuerza de trabajo; en “La construcción del propio proyecto, en Anteproyecto Convenio Subte, los trabajadores construyen su propio destino”, Ediciones desde el Subte, 2005, Página 2.

^{xiv} Bianchini Facundo y Torme Mauricio, en Labour conflicts in contemporary Argentina. International Institute of Social History. On line Publications, March 2008. <http://www.iisg.nl/labouragain/labourargentina.php>

^{xv} Diario Página/12 del Lunes 14 de Febrero de 2005.

^{xvi} Entrevista a Roberto Pianelli Delegado de la línea E desde 1998.

^{xvii} Entrevista a Germán Valdivieso, en “Cuando el Terror no paraliza de 1974 a 1982”, Ediciones desde el Subte, 2006, Página 110.

^{xviii} Entrevista a Miguel Cascallar, en “Cuando el Terror No Paraliza de 1974 a 1982”, Ediciones Desde el Subte, Página 36.

^{xix} Investigador del Centro Cultural de la Cooperación “Floreal Gorini”.

^{xx} Diario La Nación 13/11/08 “La complicada situación que atraviesan los trabajadores de las automotrices alcanzó ayer un nuevo grado de visibilidad, cuando cientos de trabajadores del Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (Smata) marcharon desde la Panamericana hasta la Capital Federal para rechazar las suspensiones dispuestas por las fábricas, entre otros reclamos...los secretarios adjunto y gremial de Smata, Mario Manrique y Ricardo Pignanelli, respectivamente, expresaron el respaldo del gremio a las acciones desplegadas por el ministro Carlos Tomada para defender las fuentes de trabajo e hicieron una fuerte crítica al empresariado. Según la Asociación de Concesionarios (Acara), el gremio reclama un aumento de más del 50% anual, mientras que los empresarios han ratificado su oferta de una suba del 25% por un período de ocho meses (del 1° de septiembre pasado al 30 de abril próximo)”.

^{xxi} Aproximadamente el 20% de los trabajadores se encuentran a la fecha gozando de su Licencia Anual. Ver en www.metrodelegados.com.ar